

Día 16 de Noviembre de 1867.

«El que quiera venir conmigo, dice el Señor, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame. El que ha reinado por el leño de la cruz os bendiga.

PÍO IX, PAPA.»

Estímulos venidos de tan alto no necesitan comentarios. Aquellos de nuestros lectores que se hallen animados de su amor ardiente por nuestro Señor Jesucristo, y de un gran celo por la salvación de las almas, apreciarán particularmente el valor de su oportunidad.



EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL SUFRIMIENTO, CONDICIÓN INEVITABLE DEL HOMBRE
SOBRE LA TIERRA.

Un hombre santo ha escrito estas palabras en un libro que no se sabrá meditar demasiado (*): «Conducid vuestros pasos á donde queráis; disponed todas las cosas como sepáis hacerlo; volved en cualquier sentido y de cualquiera manera que os plazca; no llegaréis jamás á evitar el sufrimiento. Compañero inseparable de vuestra vida mortal; os sigue por todas partes con una pertinacia infatigable. No ensayéis escaparle por medio de una fuga impetuosa y necia; en ninguna parte sabréis refugiarnos sin llevar la cruz, porque ella es parte de vuestra existencia. La lleváis en vuestros miembros, asiento de todos los dolores; la lleváis en vuestra alma, morada abierta á todas las tribulaciones; y es para vosotros un huésped de todas las horas, de todos los instantes. La cruz es un otro yo del hombre. Si éste cuadro os parece exagerado, echad una mirada sobre vosotros y al rededor de vosotros; recoged vuestras memorias; prestad oídos á vuestros propios gemidos; preguntad á vuestra

(*) Imitación de Jesucristo.

historia y á la de los otros, porque bajo el concepto del dolor, vuestra historia es, sobre poco más ó menos, la de todos.»

Supongo que eres un sencillo cristiano que vive en el mundo. ¿No es verdad que son pocas las páginas del diario de tu vida donde no figuren, bajo una ú otra forma, alguna de esas expresiones que, á través de mil diversos matices, significan todas una misma cosa: *sufrir*? ¿Quieres que con una rápida ojeada recorramos unidas algunas de esas páginas, demasiado pronto olvidadas? Sin detenernos en las lágrimas que derramaste en tu infancia, sobre tu cuna, pasemos, si te place, á los días de la juventud y de la edad madura. Cuanto á la vejez, edad de la decadencia y de las enfermedades, de antemano sabemos que no hay en ella más que trabajo y dolor: el mismo Espíritu Santo lo dice y la experiencia lo confirma: *Labor et dolor*. Toma, pues, y lee ese libro que encierra saludables lecciones: *Tolle, lege*.

He aquí la página que corresponde á los años de tu primera educación. Alternativa de alegrías y de tristezas, de juegos ruidosos y de severas privaciones.—Adquiero los primeros elementos de la ciencia al precio de sacrificios penosos, cada día renovados. La muerte prematura de mi pobre madre me deja huérfano á medias, y tengo que derramar muchas lágrimas sobre su tumba.—¡Pobre niño! Tan joven y ya empezó á sufrir! La página que sigue será, debemos esperarlo así, menos lúgubre.—¡Hermoso día el de mi primera Comunión! La alegría del cielo desciende con Dios en mi alma. ¡Ay! ¿Por qué se ha de mezclar con esta alegría la amargura? Siento el dolor de no ver cerca de mí á mi pobre madre en la Sagrada Mesa; y mi padre, indiferente para con su religión, rehúsa acompañarme.—¡Ahí tienes, hijo mío, cómo ese día tan hermoso para ti, no ha podido pasar sin nubes!

¿Dónde hallar, por tanto, en la vida un día más puro y sereno? Henos aquí llegados á las tempestades de tu juventud.—Tengo la desdicha de

haberme unido á amigos perniciosos, que me arrastran á sus aventuras.—Desde este momento mi vida se parece á la del pródigo, cuyas tristes fases reproduzco, unás después de otras. La misma eferescencia, la misma avidez del placer, el mismo olvido de mis deberes, los mismos sueños encantadores, las mismas decepciones, las mismas angustias y, sobre todo, los mismos remordimientos.

En ciertas horas de soledad y de silencio, una indecible agonía me oprime el corazón, ante la memoria de mi piadosa madre y de sus cristianas recomendaciones. Esta memoria, unida á la gracia de Dios, me hace volver sobre mis pasos. Entonces deposito á los pies del confesor la grosera carga de mis pecados; y con la santa absolución, la paz vuelve á entrar en mi alma. Pero no la conservo más que haciéndome violencias, y me entrego de nuevo airadamente á una lucha de todos los días. Así se pasa mi juventud entre las tempestades, los combates, las caídas, y algunas victorias caramamente compradas.

—Bien veo, hijo mío, que has sufrido; pero ¿cuántos otros han sido todavía más probados que tú! Tú siempre has tenido pan, vestidos, albergue.... ¡A cuántos pobres huérfanos les ha faltado todo! Tú has gozado siempre una salud completa. ¡Cuántos compañeros de tu infancia, plantas jóvenes tronchadas antes de la edad, han languidecido bajo el peso de precoces enfermedades! Después de tus caídas te has levantado por la infinita misericordia de Dios y por las oraciones de tu buena madre que está en el cielo. ¡Cuántos otros han ido más lejos que tú en el camino de la iniquidad, y, rodando de abismo en abismo, arrastran quizás todavía la pesada cadena del pecado y de los remordimientos! Bendice, pues, al Señor: y ya que has comenzado, continúa rápidamente contando tu historia.

—Una vez establecido en el mundo, los cuidados de mi familia y de mis negocios absorben todos mis instantes. Los vientos de la fortuna me favorecen: pero pronto se me vuelven contrarios.

Entre mis numerosos amigos, y hasta entre mis parientes, veo surgir ingratos y enemigos. Poco á poco se mejoran mis negocios y se levantan. Los que se alejaban de mí se me acercan: veo crecer á mis hijos ante mis ojos, y me lleno de gozo al pensar que un día serán báculo y apoyo de mi vejez. Semejante al viajero fatigado, me detengo para respirar contento, después de una marcha larga y penosa. Este descanso no dura mucho: una segunda visita de la muerte viene á envenenar tan legítimas alegrías. En pocos años me lleva la muerte á mi anciano padre, á mi esposa y á uno de mis hijos. Para colmo de desdichas, entre los dos que me quedan, hay uno que me tiene afligido por su conducta licenciosa y por sus malos procederes para con el autor de sus días. En tan rigorosa extremidad no puedo menos de empezar á comprender que el verdadero descanso está sólo en Dios y en el cumplimiento de su santa voluntad.

—Así, sólo aceptando la cruz con resignación, es como has podido llegar á gustar alguna alegría en este mundo, donde se encuentran tan pocas!— ¡Sí! Después de tantos reveses, Dios me ha concedido esta gracia. ¡Sea bendito para siempre!— ¡Tal ha sido tu vida!— ¡Una vida borrascosa, cuyas tempestades atribuyo á mis numerosos pecados, porque si hubiera sido más fiel, habría sido más feliz.—Es verdad; al menos hubieras evitado la punzante espina de los remordimientos. Sin embargo, no creas que te hubiera separado del dolor una barrera infranqueable; habrías sufrido con más valor, con más resignación y, sobre todo, con más fruto y con más merecimientos; pero no habrías dejado de sufrir. La sola necesidad de violentarse para ser virtuoso, es ya un sacrificio. Las profesiones más santas, los más retirados claustros no son un abrigo contra la cruz: y las almas generosas se refugian en ellos para encontrarla mejor. Sucediendo, en efecto, que la encuentran con todos sus encantos, pero á la vez con todos sus rigores, en la práctica de la regla, en el cumplimiento de los votos, especialmente el de obediencia, que

quebranta veinte veces al día la propia voluntad. De suerte que no hay condición humana á la que no puedan aplicarse con razón estas palabras de San Agustín: «La vida presente es una peregrinación fatigosa; es fugitiva, incierta, laboriosa; expone á todas las mancillas y entraña todos los males; no debe llamarse vida, sino muerte.»—Y, en efecto, el hombre muere á cada instante. Porque ¿qué es su vida sino una vida que alteran los humores, que el dolor extingue, que los calores desecan, que envenena un soplo, que los placeres disuelven, que la tristeza consume y la inquietud abrevia? La riqueza nos conduce á la jactancia, la pobreza nos humilla, la juventud nos enorgullece, la vejez nos encorva, la enfermedad nos quebranta y la tristeza nos acaba. A todos estos males sigue la implacable muerte.

Ocasión es esta, para completar el cuadro de las tribulaciones humanas, de hablar de las pruebas por las cuales place al Señor que pasen sus más fieles servidores; pero reservamos asunto tan interesante para uno de los siguientes capítulos. Por de pronto resumimos y concluimos diciendo: que si has sufrido mucho no has hecho más que compartir el destino común. Otros han podido encontrar en su camino menos espinas y menos pruebas que tú; otros habrán encontrado más; todos han hallado su parte en el cáliz de la tribulación. De bueno ó mal grado, cada uno de nosotros debe acercarse á sus labios y beber á grandes tragos el jugo amargo y saludable de la cruz. Ser hijo de Adán y sufrir en la tierra son dos cosas inseparables. Apresurémonos á decir, para nuestro común consuelo, que si el sufrimiento se sobrelleva cristianamente, se convierte para nosotros y para los demás en fuente fecunda de los mayores bienes.

CAPÍTULO II.

EL SUFRIMIENTO, MEDIO EFICACÍSIMO PARA QUE EL HOMBRE LLEGUE Á SU ÚLTIMO FIN, ES DECIR, Á LA SALVACIÓN DE SU ALMA.

Leyendo el capítulo precedente, querido lector, no habrás, sin duda, visto en nuestra intención el deseo de elegir por tipo del sufrimiento un simple cristiano establecido en el mundo, pretendiendo con ello dirigirnos á una sola categoría de lectores. Si así fuera te habrías engañado, atribuyéndonos la falta de haberte inducido á error. Al personificar el dolor en un hombre cualquiera, hemos querido personificarle en ti mismo, por más que no te parezcas al pródigo, de cuya condición, por la misericordia de Dios, no has participado. Pero serías un ángel de la tierra, un ángel revestido de cuerpo mortal, como dice San Luis Gonzaga, si en tu calidad de hijo de Adán no fueras deudor del sufrimiento y súbdito del dolor. Si; seas quien fueres, pertenezcas á cualquiera condición, habites en un palacio ó en la celda de un claustro, toma para ti, con las modificaciones personales convenientes, todo lo que acabamos de decir; porque el sufrimiento es la inevitable herencia de todos los hombres, y se mezcla á su existencia como el aire á su respiración. Pero medita una consideración nueva, propia para fortalecerte en las penas inseparables de la vida: este sufrimiento tan amargo para tus labios, tan afflictivo para tu corazón, tan humillante para tu espíritu, es uno de los medios más eficaces para hacerte llegar, con la ayuda de Dios, á tu fin postrero; quiérese decir, á tu salvación eterna.

Entendemos por sufrimiento todo lo que puede mortificar al hombre durante el curso de su vida

mortal. Así, las enfermedades, los reveses de la fortuna, la pérdida de los bienes, la de los parientes, el abandono de los amigos, las tristezas domésticas, las calamidades públicas, las plagas, las persecuciones, las dificultades de la virtud, la práctica de la mortificación cristiana, las desolaciones, las tristezas, la agonía, la muerte; en una palabra, todas las aflicciones que arrancan tantos suspiros al pecho del hombre, y tantas lágrimas á sus ojos esto es lo que llamamos *sufrir*.

Esta multitud de adversidades y dolores que se ceban contra los hijos de Adán, nos hace decir que en el orden actual de la Providencia es, el sufrimiento en Jesucristo y por Jesucristo, el medio más eficaz para que se levante el hombre caído, y entre en la vía de la salvación eterna. Para comprender esta verdad consoladora, basta decir que el sufrimiento es por excelencia el *gran medio de expiación*. Y por la *expiación* recobra el hombre la gracia de su Dios.

Después de la caída de Adán, nuestro primer padre, se reveló en el seno de la humanidad una necesidad nueva y misteriosa, la de la expiación. A partir de aquel momento funesto, que marca tristemente el origen de nuestras desdichas, la humanidad entera se consideró como un gran culpable, sintiéndose instintivamente atraída por la necesidad de recurrir al sacrificio para apaciguar á la Divinidad. De aquí que todos los pueblos, hasta los bárbaros, tuvieran la costumbre de inmolar víctimas, elevando el sacrificio al primer rango entre los ritos religiosos. Es indudable que en la aplicación de esta necesidad, innata en el corazón del hombre caído, se perpetraron monstruosos errores: así se ha visto que pueblos feroces, dando á este principio una interpretación sanguinaria, inmolaban víctimas humanas, pretendiendo apaciguar á la Divinidad con este sacrificio cruel. Pero por irritantes que fuesen aquellos actos de barbarie, atestiguan de una manera evidente la fe de los pueblos en la virtud expiatoria de la sangre derramada. Sin duda ellos daban testimonio del oráculo

de San Pablo que pronto debía decir á las naciones, mostrándolas al Hombre-Dios, crucificado en el Calvario: «No hay remisión para vosotras sin efusión de sangre». *Sine sanguinis effusione, non fit remissio.* (Hebr. IX.)

Pero, para penetrar hasta el fondo de las cosas, veamos cuál ha podido ser la razón de este instinto de los pueblos y de las palabras del gran Apóstol, es decir, cuál es el fundamento de esta convicción universal que atribuye á la sangre derramada una virtud todopoderosa de expiación. Hela aquí: la sangre es el principio material de la vida en el hombre; verter su sangre es dar su vida; dar su vida es el sacrificio más grande de que el hombre es capaz. Nuestro Señor lo ha dicho: «Ninguno puede testimoniar á sus amigos más grande amor, que el que da su vida por ellos.» *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.* (Joan. XV.)

Ahora bien, la ofensa á la Majestad Divina, por la cual se hizo el hombre culpable, era tan grande que para expiarla dignamente tuvo que recurrir al mayor de todos los sacrificios, al sacrificio de su propia sangre; y, por consiguiente, de su vida. Sino que después de su caída la sangre del hombre no tenía valor. Corrompido en su origen, como el raudal que surge de una fuente envenenada, el sacrificio que el hombre hubiera hecho á Dios de su vida no podía serle grato. Para que Dios aceptara la ofrenda era menester que por una operación previa, de la cual sólo Él tenía el secreto, se purificara la sangre del hombre de su antigua mancha, recobrando su primitiva limpieza. Esta operación maravillosa, que debía asombrar al cielo y á la tierra, la realizó en favor nuestro el Verbo de Dios, Hijo único del Padre, dignándose unirse hipostáticamente á nuestra naturaleza y tomando nuestra carne y nuestra sangre en el seno de la Purísima Virgen María; pero una carne sin tacha y sin pecado; una sangre purísima, más límpida que el rocío de la mañana, más roja y brillante que el rayo del sol.

Tal es la sangre de que Dios quiere el sacrificio, como precio de nuestra redención. A condición de aquella sangre, vertida en holocausto expiatorio, Dios perdona al hombre; y el hombre, gracias á la virtud infinita de esa sangre derramada, puede, á su vez, presentarse ante Dios y ofrecerle la suya, con la seguridad de que será favorablemente acogida. Desde entonces la sangre del hombre pecador, purificada por la del Hombre-Dios, puede ofrecerse al Señor en sacrificio expiatorio; y Dios, que ama á su Hijo con amor infinito, viendo su divina sangre mezclada á la del hombre, perdona á este último en virtud de los méritos de la sangre de su Hijo, derramada en la cruz.

Y ahora hagamos particular aplicación de esta consoladora doctrina á nuestro objeto. Puesto que la sangre de Jesucristo, derramada en el Calvario, es el sólo sacrificio expiatorio agradable al Señor, infiérese que las expiaciones personales del hombre caído, no podrán agradarle, sino cuando van unidas á la del Hijo de Dios y se elevan, por virtud de esta unión, á una dignidad divina, á un precio divino.

La sangre derramada por Jesucristo representa, sin duda, una expiación para todos los hombres; pero Él quiere que cada uno junte sus propias expiaciones á la suya, á fin de que por este medio se apropien su virtud. Así, si quieres participar del mérito y de la divina eficacia de la gran expiación del Calvario, une tus expiaciones á la de Jesús; es decir, mezcla tu sangre á la sangre expiatoria de Jesús, porque no hay expiación propia ni extraña sin efusión de sangre.

—¿Qué significa esto?—exclamarás.—¿Es preciso, pues, que, para participar de la virtud de la sangre del Hijo de Dios, el hombre caído derrame la suya?—Seguramente; si el divino Mediador exigiera de nosotros esta condición, no habría más remedio que cumplirla. Él tiene derecho á imponerla; pero ordinariamente se contenta con menor sacrificio. Sin embargo, no tenemos reparo ni temor en afirmar que Él demanda, que Él exige san-

gre de cierta manera.—Pero ahora—replicarás—¿qué sangre pide? ¿Es la que corre por nuestras venas?—Para dar testimonio de su fé todo cristiano debe estar pronto á derramarla; y sería culpable del crimen de apostasía, si, en esta ocasión solemne, rehusase pagar á su Maestro y á su Rey semejante tributo. Pero—lo repectimos—ordinariamente no nos exige ese supremo sacrificio. Escucha á San Bernardo que va á darte la explicación de este enigma: *Est martyrii genus, est quedam effusio sanguinis in quotidiana corporis afflictione*. El ejercicio de la penitencia, del que ningún hombre está dispensado, las cotidianas aflicciones del cuerpo y, podemos añadirlo, las del alma, son una especie de martirio, una cierta efusión de sangre. Tal es el martirio que Dios te pide; tal es la efusión de sangre que de ti reclama.

Haz penitencia, soporta pacientemente los trabajos y las enfermedades del cuerpo, las pruebas y aflicciones del alma, y derramarás tu sangre; así expiarás por ti mismo, y así puedes expiar por los demás. No sólo los sufrimientos exteriores del cuerpo, sino los del alma, producen la *sangre derramada*.—Estás triste: la muerte, la muerte cruel acaba de crear en torno tuyo un profundo vacío: ¡ah! es una herida sangrienta abierta en tu corazón. Todos los días lo decimos, y las formas habituales del lenguaje dan testimonio de esta verdad. Cuando á una pobre madre se le muere un hijo querido, único objeto de su ternura, solemos decir: *El corazón la sangrará por largo tiempo*.

Repitamos, pues, con San Bernardo, dando á su pensamiento toda la extensión de que es susceptible:—Sí: las aflicciones del cuerpo y las del alma son una especie de martirio, una suerte de efusión de sangre: *Est martyrii genus, est quedam effusio sanguinis in quotidiana corporis afflictione*. Unida á la sangre expiatoria de Jesucristo la sangre misteriosa que se escapa por todas las heridas del corazón cristiano participa éste largamente de la virtud de expiación de la víctima del Calvario. He aquí por qué las lágrimas de la penitencia, á las

cuales llama también un santo personaje *sangre del alma*, expían y reparan con tanta eficacia los más grandes extravíos de un alma culpable.

David cometió un gran crimen, y el Señor irritado le exigió reparación solemne. El Profeta Nathán, en su nombre, fué á buscarle y le dijo con santo atrevimiento: «Príncipe, tú eres culpable, *tu es ille vir*. Por lo cual la ira de Dios va á pasar sobre ti.»—David inclinó su real cabeza bajo la sentencia del hombre de Dios. Arrepentido y humillado, abatió hasta el polvo su frente de monarca, coronada por tanta gloria; y mientras que la cólera de Dios pasó sobre él, mientras, según el oráculo del Profeta, la muerte hizo estragos alrededor de él, llevándole cuanto más quería, el santo rey, derramando lágrimas de sus ojos é hiriéndose el pecho, exclamaba en su doloroso arrepentimiento: «Pequé, Señor.» *Peccavi*.—Tú sabes cómo terminó esta dura prueba. El Señor, infinitamente misericordioso, perdonó á David y continuó colmándole con sus más inefables favores.

Ya lo ves: hay en la aflicción, hasta en la que es justo castigo del pecado, con tal de que sea sobrellevada con paciencia, una saludable virtud de expiación, y, por consiguiente, un medio eficacísimo de conducir al hombre á su fin postrero.

Y aquí no podemos menos de admirar unidos, querido lector, cómo se muestra Dios misericordioso para con el hombre, hasta en los justos castigos que le inflige. «Él quiere, dice San Agustín, que seamos abrumados por la aflicción, objeto de los engaños, de las humillaciones y de los desprecios del mundo, para que rehusemos el amor del siglo y apartemos nuestro corazón de las cosas temporales, elevándonos por medio de santos deseos á buscar el soberano reposo que no se halla en esta vida.»

Quando la Divina Providencia envía al hombre tribulaciones, entonces, sobre todo, se ocupa en su dicha, entonces le instruye por la voz elocuente del sufrimiento y le dice:—*Sursum corda: Levanta el corazón*. Puesto que la tierra no es para ti más

que un campo cubierto de espinas, elévate por encima de ella y contempla la hermosa región que Yo habito, donde todos tus deseos serán satisfechos.

Esta manera de considerar el sufrimiento es la única digna de un cristiano, de un discípulo de Jesús crucificado. «La ley más propia del Evangelio, dice Bossuet, es la que ordena llevar la cruz. La cruz es la verdadera prueba de la fe, el verdadero fundamento de la esperanza, la perfecta depuración de la caridad; en una palabra, el camino del cielo. Jesucristo murió en la cruz, y llevó la cruz toda su vida; con la cruz quiere que se le siga, y éste es el precio que pone á la vida eterna. El primero á quien prometió particularmente el reposo del siglo futuro fué un compañero de su cruz:—«Tú serás—le dijo—hoy conmigo en el paraíso....» Desde el momento en que Jesucristo fué cosido á la cruz, el velo del templo se desgarró de alto á bajo, y el cielo se abrió para las almas santas. Cuando abandonó la cruz y los horrores de su suplicio, aparecióse á sus Apóstoles glorioso y vencedor, para que comprendiesen que por la cruz deben entrar en su gloria, y que no mostraría otro camino á sus hijos. Hay, pues, una gran verdad en estas palabras de San Cipriano: *Los sufrimientos son alas con las que vuelo al cielo.*

Terminamos este capítulo con las siguientes valerosas palabras de San Juan Crisóstomo: «Para consolar á las almas que se quejan de los males que las afligen, y que no tienen, ni bastante razón, ni bastante valor para soportarlos, el Apóstol San Pablo, reanimándolas, las dice: «Un corto y ligero momento de tribulación, produce para nosotros una medida eterna de gloria.» Lo que quiere decir—añade el elocuente intérprete:—«La aflicción es para nosotros aquí abajo una fuente de bienes: por ella se vuelve nuestra alma más sabia y más firme; ella nos provee para lo porvenir de ventajas que no guardan proporción con nuestros trabajos, y que superan con mucho á todas las fatigas de nuestros combates.»

CAPÍTULO III.

EL CRISTIANO, ELEVADO POR JESUCRISTO AL ESTADO DIVINO,
Ó DEIFICACIÓN DEL CRISTIANO POR JESUCRISTO.

Como importa al apostólico objeto que nos hemos propuesto hacer resaltar el premio de los sufrimientos, creemos necesario penetrar más allá en la razón de las cosas, y mostrar con pruebas sólidas el carácter divino, y, por consecuencia, la divina fecundidad del sufrimiento del cristiano, en el orden de la salvación de las almas. Por esto es indispensable que, ante todo, establezcamos el carácter del cristiano, en quien el sufrimiento reside. En presencia de las negaciones impías de la incredulidad moderna, resulta más oportuno insistir en la doctrina, tan gloriosa para nosotros, de nuestra incorporación con Jesucristo; es decir, de la *deificación* de nuestra naturaleza por Jesucristo. Doble razón por qué dedicamos á este objeto el presente capítulo.

Es de fe que habiéndose unido hipostáticamente el Verbo de Dios á la naturaleza humana, la elevó á un estado divino: así del cuerpo y del alma que personalmente se unió el Hijo de Dios podemos decir con toda verdad, que son el cuerpo y el alma de un Dios. Podemos decir que las funciones sagradas de este cuerpo y las santas operaciones de este alma, son las acciones y las operaciones de un Dios. En fin, si se trata de los dolores de este cuerpo y de las tribulaciones de este alma, podemos añadir, sin el menor temor de errar, que son los sufrimientos de un Dios.

Ahora bien, la fe nos enseña también que el cristiano por el bautismo contrae con la santa humanidad de Jesucristo, y por ello con su divinidad, una unión misteriosa, muy real y muy íntima, por virtud de la cual se hace participante, en cier-